

Lev Tolstói

Guerra y paz, 1

Versión directa del ruso y notas
de Irene y Laura Andresco

Presentación de Víctor Andresco



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: *Voiná i mir*

Primera edición: 2008

Segunda edición: 2011

Novena reimpresión, revisada: 2022

Revisión de la transcripción del ruso de Esther Arias Valor

Diseño de colección: Estrada Design

Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Ilustración de cubierta: Jacques-Louis David, *El Emperador Napoleón I Bonaparte*.

© Erich Lessing/Album

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© de la presentación: Víctor Andresco Peralta, 2008

© de la traducción y notas: Herederos de Irene y Laura Andresco

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2008, 2022

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

www.alianzaeditorial.es



PAPEL DE FIBRA
CERTIFICADA

ISBN: 978-84-206-7440-7 (T.1)

ISBN: 978-84-206-9072-8 (O.C.)

Depósito legal: B. 35.651-2011

Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

- 9 Presentación: Tolstói en la cima de la novela, por Víctor Andresco

Guerra y paz

- 17 Primera parte
176 Segunda parte
309 Tercera parte
443 Cuarta parte
515 Quinta parte
618 Sexta parte
719 Séptima parte
787 Octava parte

Presentación

Tolstói en la cima de la novela

A las afueras de la ciudad de Tula, a escasos doscientos kilómetros de Moscú, la finca de los Tolstói, Yásnaia Poliana, se extiende como un remanso de paz donde se venera al maestro y se conserva su memoria literaria y familiar. Rodeada de abedules, su tumba, un túmulo de sencillez canónica cubierto de flores en verano y de nieve en invierno, es una referencia lírica y espiritual en todo el mundo. Pero quien allí reposa, y a quien rinden diario homenaje grupos de niños y parejas de enamorados, políticos locales y escritores de todo el mundo, fue todo lo contrario: acaso el autor más impetuoso del siglo XIX. Muy cerca de este lugar nació, en 1828, el hombre que transformó la novela rusa –y con ella, la europea– y obligó a reinterpretar los criterios educativos y los parámetros éticos de buena parte de sus contemporáneos. Huérfano a muy corta edad, creció a cargo de sus tías y estudió en Kazán –la capital histórica de los tártaros–, donde tuvo acceso por primera vez a la vida urbana burguesa que luego terminaría de conocer en Moscú, San Petersburgo y en los principales países de Europa occidental, por cuyos sistemas pedagógicos sintió pronto curiosidad. Más allá del entorno aristocrático familiar, la universidad y el ejército

fueron las dos primeras ventanas por las que se asomó al mundo. La patria de los zares, acostumbrada a proyectar los conflictos hacia el exterior y zarandeada en 1825 por la revolución decembrista, denotaba una sensible desestabilización en su pretendido monolitismo, y el mundo de la cultura se abría a la filosofía y la política (finalmente el siglo XIX terminaría en Rusia con dos revoluciones –la de 1905 y la de 1917– y con ellas llegaría el fin de un largo régimen anclado en el feudalismo). Tolstói madura como escritor en pleno fragor ideológico entre *occidentalistas* y *eslavófilos*, en cuyo debate brotaron luminarias como Turguéniev, Bakunin, Goncharov o Herzen. Rusia, el gigante eurasiático que ocupa la –más tarde mítica expresión– *sexta parte del mundo*, está regida por afrancesados latifundistas que veranean en Baden-Baden, construyen sus casas de acuerdo con la vanguardia arquitectónica europea y atesoran las mejores colecciones de arte del mundo. Pero al mismo tiempo el imperio se desangra en guerras crónicas y desde 1852 el joven Tolstói toma parte, sucesivamente, en los frentes del Cáucaso, Turquía, Crimea y Besarabia, donde toma conciencia de la magnitud del fenómeno bélico y de la raigambre de las tradiciones militares en la sociedad. A mediados del XIX Rusia es una de las grandes potencias mundiales, aunque sólo en 1861 será abolido el régimen de esclavitud en virtud del cual los campesinos forman parte de la propiedad privada de los terratenientes. Es en este contexto donde se forma como escritor y, con el tiempo, como impulsor de la gran transformación de la conciencia colectiva, el conde Lev Tolstói.

Documentar la vida, recrear la historia

Toda la obra tolstoiana está vinculada, desde sus inicios y hasta el mismo día de su muerte en la famosa estación de Astápovo, a dos grandes elementos: el memorialismo (v. *Infancia. Ado-*

lescencia. Juventud), que cultiva con impagable verismo, y las revistas literarias, un fenómeno de larga tradición sobre todo en San Petersburgo, la capital que lo acoge con honores a su regreso de los campos de batalla en 1855. Se inicia entonces su titánico esfuerzo por redefinir el mundo a partir de la escritura. Tolstói enfrenta los elementos más negros de la realidad –la pena de muerte, el juego, el alcoholismo, la pobreza y la esclavitud– como síntomas de una quiebra moral contra la que pone todo su empeño. Fruto de ese plan son algunas de las mejores novelas de todos los tiempos, como *Jadzhi Murat*, y una copiosa producción que abarca la narrativa, la pedagogía y el ensayo. Frente a la desigualdad social y la degradación de los individuos, el autor de *Resurrección* trabaja sobre tres ejes: la educación, la justicia y la espiritualidad. Que en su vida personal lo haga a través de medidas continuamente puestas en duda por abundantes expertos en moralidades ajenas, no resta la menor credibilidad a su formidable trabajo de creación, una intensísima y polifónica obra en la que se han apoyado, durante siglo y medio, las sucesivas generaciones de escritores y filósofos. Desde los ya clásicos *Alfabetos* con los que pone en marcha la escuela de la propia Yásnaia Poliana (y que hoy sigue en funcionamiento) hasta las universales *Anna Karénina* o *La sonata a Kreutzer**, Tolstói genera un sistema literario imprescindible para comprender el siglo XIX y la sociedad contemporánea.

La guerra, la paz y el mundo

En 1864 aparece en Rusia un ensayo de Proudhon titulado *La guerre et la paix*, cuya traducción utiliza Tolstói para lo que durante seis largos años de revisiones se convertirá en el gran hito

* Todas las novelas de Tolstói aquí mencionadas están publicadas en Alianza Editorial.

de la literatura moderna: *Voiná i mir*. La polisemia de *mir* abarca no solamente la paz sino el mundo y, en una de sus acepciones más tradicionales, el conjunto de la humanidad, de modo que cabe atribuirle al título del libro, además, un importante matiz totalizador, muy conveniente para vislumbrar las colosales dimensiones del experimento. Desde Unamuno a Nabókov, los acercamientos al texto son incontables y a menudo llenos de ingenio y precisión en sus críticas a la copiosidad y vehemencia narrativas. Parece fuera de discusión que el propósito de Tolstói va mucho más allá de la disección de la sociedad, los ejércitos, el poder o el tiempo histórico real, y tiene como objetivo la re-creación de la vida del hombre. El individuo, así se trate de Kutúzov o de Napoleón, de Bezújov o de Karatáyev, es un sistema dotado de vida propia, y antes o después, en cada contexto, se manifiesta frente a las circunstancias. Sin duda a costa de su propia experiencia (castrense, sentimental, familiar, espiritual), los grandes personajes de este gran libro son también personas creíbles –por no utilizar *grandes*, que en español comporta un matiz elogioso que no necesariamente detentan todos los actores de este formidable teatro del mundo–, dotadas de la capacidad de articular tantos centenares de páginas de densa reflexión. Si *Guerra y paz* es a la novela lo que el Everest a las montañas, no cabe esperar de su lectura la menor uniformidad o complacencia: más allá de la calidad –a ratos, excelsa–, la «novela de las novelas» tiene un valor totémico que supera sus inaprensibles proporciones. Y a sus virtudes –todas ellas evidentes, de ahí la imbatible grandeza de su lectura– se suma la compleja y apasionante apuesta tolstoiana por convertir la historia de la humanidad en la suma de las historias de cada uno de los Nikoláis o de las Natashas que la conforman. Da igual si la princesa María suspira mientras lee las cartas en francés de sus amigas o si el zar Alejandro se llena los ojos de lujuriosa belleza en un palacio de Vilnius mientras las tropas napoleónicas cruzan el Niemen; el poso co-

mún de cada página es un ejercicio de nobleza (vale decir excelencia) literaria único en la historia.

A menudo se destaca la elaborada precisión de los materiales históricos y bélicos de la novela, del mismo modo que no debe pasarse por alto la delicada, casi obsesiva, manera en que Tolstói perfila la psicología de cada uno de los personajes. Igualmente cierto es que son legión quienes abogan por una lectura *desprejuiciada* que ignore los momentos de «extrema densidad» narrativa. En todo caso es muy importante dejar constancia de aquello que ha transformado *Guerra y paz* en el mito cultural que fue desde su primera edición y será para siempre. Porque hay tres planos en los que esta novela se revela como un punto y aparte en la formulación del texto literario: estilística, argumental y estructuralmente imbatible, cada uno de estos aspectos tiene un correlato radicalmente innovador. Hacen falta muchos días de lectura para verlo en su conjunto, pero es patente la victoria del autor precisamente en esa *reversión*, premeditada y profunda, de los cánones narrativos. Dicho de otro modo, al mismo tiempo que esta novela es paradigma de clasicismo, introduce al lector en un sistema totalmente independiente, en el que digresiones, descripciones y diálogos generan una cadencia propia y enuncian un proyecto literario autónomo, dotado de vida propia. Y éste es otro de los síntomas que convierten *Guerra y paz* en una obra maestra, de vigencia indiscutida, que, lejos de limitarse al tiempo histórico en el que transcurre la acción, constituye una inagotable y novedosa aportación a la modernidad.

Víctor Andresco

Guerra y paz

Primera parte

1

—Eh bien, mon prince. Gênes et Lucques ne sont plus que des apanages, des fincas, de la famille Bonaparte. Non, je vous préviens que si vous ne me dites pas que nous avons la guerre, si vous permettez encore de pallier toutes les infamies, toutes les atrocités de cet Antichrist (ma parole, j’y crois), je ne vous connais plus, vous n’êtes plus mon ami, vous n’êtes plus mi fiel esclavo, comme vous dites¹. Pero buenas noches, buenas noches. Je vois que je vous fais peur², siéntese y cuénteme.

Así hablaba en el mes de julio de 1805 Anna Pávlovna Scherer, dama de honor y persona allegada de la emperatriz María

1. Pues bien, príncipe. Génova y Lucca no son más que propiedades, fincas de la familia Bonaparte. Le prevengo que si no me dice usted que estamos en guerra, si se permite aún paliar todas las infamias y las atrocidades de ese Anticristo (y le doy mi palabra que así lo creo), no quiero tener trato con usted, no será más mi amigo, ni mi fiel esclavo, como usted suele decir. (*Todas las expresiones que aparecen en francés y en alemán a lo largo de la obra figuran en el original.*)

2. Veo que me tiene usted miedo.

Fiódorovna, saliéndole al encuentro al príncipe Vasili, personaje importante y cargado de títulos, que había llegado el primero a la velada. Anna Pávlovna llevaba varios días tosiendo, tenía la *grippe*, según decía ella (la palabra *grippe* era nueva entonces y poca gente la empleaba). Las esquelitas que había enviado por la mañana con un lacayo de librea roja decían todas sin distinción:

Si vous n'avez rien de mieux à faire M. le comte (o bien mon prince), et si la perspective de passer la soirée chez une pauvre malade ne vous effraye pas trop, je serai charmée de vous voir chez moi entre 7 et 10 heures.

*Annette Scherer*¹.

—*Dieu, quelle virulente sortie*² —replicó el príncipe sin que le turbara en modo alguno esta acogida. Venía con el uniforme bordado de la Corte, con medias de seda y zapatos de hebilla, cubierto de condecoraciones y con una expresión radiante en su rostro trivial.

Hablaba en ese francés rebuscado que no sólo empleaban nuestros abuelos al hablar, sino en el que pensaban, y con entonaciones dulces y protectoras, propias de un hombre importante que ha llegado a viejo en el gran mundo y en la Corte. Se acercó a Anna Pávlovna, le besó la mano presentándole su calva perfumada y reluciente y se sentó tranquilamente en el diván.

—*Avant tout, dites-moi comment vous allez, chère amie*³. Tranquilíceme —dijo sin cambiar de voz y con un tono que dejaba traslucir indiferencia e incluso ironía.

1. «Si no tiene usted nada mejor que hacer, señor conde (o bien, príncipe), y si la perspectiva de pasar la velada con una pobre enferma no le espanta demasiado, estaré encantada de verle en mi casa entre las siete y las diez. *Anita Scherer*».

2. ¡Dios mío, qué extraña salida!

3. Ante todo, dígame, amiga mía, ¿cómo está usted?

—¿Cómo se puede estar sana cuando... se sufre moralmente? ¿Acaso es posible, teniendo sentimientos, permanecer tranquila en estos tiempos? —exclamó Anna Pávlovna—. Espero que se quedará usted toda la velada.

—¿Y la fiesta del embajador de Inglaterra? Hoy es miércoles. Tengo que hacer acto de presencia allí —dijo el príncipe—. Mi hija vendrá a buscarme.

—Creí que habían aplazado esa fiesta. *Je vous avoue que toutes ces fêtes et tous ces feux d'artifice commencent à devenir insipides*¹.

—Si hubiesen sabido que usted lo deseaba, habrían aplazado la fiesta —dijo el príncipe, que, por costumbre, como un reloj al que se ha dado cuerda, decía cosas que ni siquiera deseaba que creyeran.

—*Ne me tourmentez pas. Eh bien, qu'a-t-on décidé par rapport à la dépêche de Novosíltsov? Vous savez tout*².

—¿Cómo decirle? —contestó el príncipe en tono frío y aburrido—. *Qu'a-t-on décidé? On a décidé que Bonaparte a brûlé ses vaisseaux, et je crois que nous sommes en train de brûler les nôtres*³.

El príncipe Vasili hablaba siempre perezosamente, como un actor que recita el papel de una antigua pieza. Anna Pávlovna Scherer, por el contrario, a pesar de sus cuarenta años, rebosaba animación y entusiasmo.

El entusiasmo había llegado a ser su posición social y, a veces, incluso cuando no lo deseaba, para no defraudar a la gente que conocía, se dejaba llevar por él. La sonrisa contenida que reflejaba siempre su rostro no armonizaba con sus rasgos

1. Le confieso que todas esas fiestas y todos esos fuegos artificiales empiezan a resultarme insípidos.

2. No me atormente. Bueno, ¿qué han decidido respecto del despacho de Novosíltsov? Usted lo sabe todo.

3. ¿Qué han decidido? Han decidido que Bonaparte ha quemado sus naves, y yo creo que nosotros estamos a punto de quemar las nuestras.

ajados; pero expresaba, como en los niños mimados, la conciencia de su encantador defecto del que no podía ni consideraba necesario corregirse.

Durante la conversación sobre política, Anna Pávlovna se acaloró:

—¡Oh, no me hable de Austria! Tal vez yo no entienda nada, pero Austria nunca ha querido ni quiere la guerra. Nos traiciona. Rusia sola debe salvar a Europa. Nuestro bienhechor conoce su elevada misión y le será fiel. Es en lo único que creo. A nuestro augusto emperador le está reservado un gran papel en el mundo, y es tan virtuoso y tan bueno que Dios no lo abandonará y podrá cumplir su misión; aplastará a la hidra de la revolución que actualmente es aún más espantosa en la persona de ese asesino y malhechor. Nosotros solos debemos rescatar la sangre del justo. Porque ¿con quién podemos contar?... Inglaterra, con su espíritu mercantil, no podrá comprender la grandeza del alma del emperador Alejandro. Se ha negado a evacuar Malta. Siempre busca en todo la segunda intención de nuestros actos. ¿Qué le dijeron a Novosíltsov? Nada. No han comprendido ni pueden comprender la abnegación de nuestro emperador, que no desea nada para sí mismo y lo quiere todo para el bien del mundo. ¿Qué es lo que han prometido? Nada. ¡Y ni siquiera cumplirán lo que prometieron! Prusia ha declarado ya que Bonaparte es invencible y que toda Europa no puede nada contra él... Y yo no creo ni una sola palabra a Hardenberg ni a Haugwitz. *Cette fameuse neutralité prussienne, ce n'est qu'un piège*¹. Sólo creo en Dios y en la elevada misión de nuestro querido soberano. ¡Él salvará a Europa!

Anna Pávlovna se interrumpió de pronto con una sonrisa burlona hacia su propio acaloramiento.

—Creo que si la enviaran en lugar de nuestro amable Wintzingerode —dijo el príncipe sonriendo— obtendría el consenti-

1. Esa célebre neutralidad prusiana no es sino una trampa.

miento del rey de Prusia. ¡Es usted tan elocuente! ¿Me dará una taza de té?

—En seguida. *À propos* —dijo Anna Pávlovna, recobrando la calma—. Hoy tengo invitadas a dos personas interesantes: *le vicomte de Mortemart; il est allié aux Montmorency par les Rohan*¹, una de las mejores familias francesas. Es un emigrante de los buenos, de los verdaderos. El otro es el abate Morio. ¿Conoce a ese gran talento? Lo ha recibido el emperador. ¿Sabe?

—Me agradecerá mucho conocerlos... —replicó el príncipe—. Dígame —añadió con gran diplomacia, como si de pronto recordara lo que iba a preguntar cuando en realidad ése era el principal objetivo de su visita—, ¿es cierto que *l'impératrice mère* desea que se nombre al barón Funke primer secretario en Viena? *C'est un pauvre sire, ce baron, à ce qu'il paraît*².

El príncipe Vasili deseaba para su hijo ese cargo; cargo que se trataba de conseguir para el barón por medio de la emperatriz María Fiódorovna.

—*Monsieur le baron Funke a été recommandé à l'impératrice mère par sa soeur*³ —se limitó a contestar Anna Pávlovna con cierta frialdad.

Cuando nombró a la emperatriz su semblante adoptó súbitamente una expresión de profundo y sincero respeto y de tristeza, cosa que le ocurría cada vez que mencionaba a su augusta protectora. Dijo que había tenido a bien dispensar *beaucoup d'estime*⁴ al barón Funke, y de nuevo su mirada expresó tristeza.

El príncipe calló con aire de indiferencia. Anna Pávlovna, con su habilidad propia de mujer y de cortesana y con su tacto habitual, quiso herir al príncipe porque se había atrevido a ha-

1. El vizconde de Mortemart está emparentado con los Montmorency por los Rohan.

2. Es un pobre diablo, ese barón, a lo que parece.

3. El señor barón Funke ha sido recomendado a la emperatriz por su propia hermana.

4. Gran consideración.

blar así de una persona recomendada a la emperatriz, pero al mismo tiempo procuró consolarlo.

–*Mais à propos de votre famille* –dijo–. ¿Sabe usted que su hija *fait les délices de tout le monde* desde que frecuenta la sociedad? *On la trouve belle comme le jour*¹.

El príncipe se inclinó en señal de respeto y de agradecimiento.

–A menudo pienso –continuó Anna Pávlovna después de un breve silencio y acercándose a su interlocutor con una sonrisa afectuosa, como para darle a entender que la conversación acerca de la política y de la buena sociedad había terminado y que iba a empezar la íntima– que la felicidad de la vida se reparte con gran injusticia. ¿Por qué el Destino le habrá dado a usted esos hijos tan encantadores? Salvo Anatoli, desde luego; a ése no le quiero –añadió, enarcando las cejas con expresión resuelta–. ¡Son encantadores! Usted los aprecia menos que nadie y, por tanto, no se los merece.

Anna Pávlovna sonrió con su sonrisa entusiasta.

–*Que voulez-vous? Lafater aurait dit que je n'ai pas la bosse de la paternité*² –replicó el príncipe.

–No bromea. Estoy dispuesta a hablar con usted en serio. Me disgusta su hijo menor y, entre nosotros sea dicho –añadió con una expresión triste en el rostro–, han hablado de él a su majestad, que le ha compadecido a usted...

El príncipe no contestó, pero ella lo miraba significativamente esperando una respuesta. El príncipe frunció el ceño.

–¿Qué puedo hacer? –dijo finalmente–. Ya sabe que hice cuanto puede hacer un padre para educarlos, pero ambos han resultado *des imbéciles*; Ippolit, al menos, es un tonto pacífico.

1. Pero, a propósito de su familia..., deleita a todo el mundo. La encuentran tan bella como el día.

2. ¿Qué quiere usted? Lafater habría dicho que no tengo aptitudes para la paternidad.

Anatoli, en cambio, es turbulento. Ésa es la única diferencia –añadió con una sonrisa menos natural y más animada que de costumbre, que acentuó de un modo desagradable las arrugas que se le formaban en torno a la boca.

–¿Por qué tendrán hijos hombres como usted? Si no fuese padre, nada podría reprocharle –exclamó Anna Pávlovna levantando los ojos con aire pensativo.

–*Je suis votre fidèle esclave et à vous seule je puis l'avouer. Mis hijos, ce son les entraves de mon existence. Son mi cruz. Así es como me lo explico yo. Que voulez vous?*¹.

El príncipe Vasili calló durante un rato, expresando con un gesto que se sometía al cruel destino.

Anna Pávlovna se quedó pensativa.

–¿No ha pensado nunca en la posibilidad de casar a su hijo pródigo, a Anatoli? Dicen que las solteras *ont la manie des mariages*. Aún no padezco de esa debilidad, pero tengo una *petite personne* que es muy desgraciada con su padre, *une parente à nous, une princesse Bolkonski*.

El príncipe Vasili no contestó, aunque con la rapidez de comprensión y buena memoria propia de los hombres mundanos, indicó con un movimiento de cabeza que había tomado en consideración tales informes.

–¿Sabe que Anatoli me cuesta cuarenta mil rublos al año? –dijo como si no pudiera contener el triste curso de sus pensamientos.

Guardó silencio durante un rato, y luego prosiguió:

–¿Qué sucederá dentro de cinco años si las cosas marchan así? *Voilà l'avantage d'un père?* ¿Es rica esa princesa?

–Su padre es rico y avaro. Vive en sus fincas. Es el célebre príncipe Bolkonski, destituido en vida del difunto emperador

1. Soy su fiel esclavo y a usted sola se lo puedo confesar... Son las trabas de mi existencia... ¿Qué quiere usted?

2. He ahí las ventajas de un padre.

y llamado “rey de Prusia”. Es un hombre muy inteligente, pero tiene un carácter difícil y muchas rarezas. *La pauvre petite est malheureuse comme les pierres*¹. Su hermano, que se ha casado hace poco con Lise Meinen, es ayudante de Kutúzov; vendrá a verme hoy.

–*Écoutez, chère Annette* –dijo el príncipe tomando de la mano a su interlocutora y tirando de ella hacia abajo–. *Arrangez-moi cette affaire et je suis votre* siervo más fiel *à tout jamais*². Ella es rica y de buena familia. Eso es todo lo que necesito.

Al decir esto, el príncipe Vasili, con los movimientos desenvueltos y graciosos que lo distinguían, tomó de nuevo la mano de la dama de honor, la besó y, después de agitarla, se arrellanó en el diván mirando hacia un lado.

–*Attendez* –dijo Anna Pávlovna reflexionando–. Hoy mismo hablaré con Lise, *la femme du jeune Bolkonski*, y tal vez esto se arregle. *Ce sera dans votre famille que je ferai mon apprentissage de vieille fille*³.

2

Poco a poco el salón de Anna Pávlovna empezó a llenarse de gente. Se reunió la mejor sociedad de San Petersburgo. Eran personas de lo más heterogéneo, tanto por la edad como por el carácter, pero semejantes por el medio social en que vivían. Estaban allí la hija del príncipe Vasili, la bella Héléne, con traje de noche y el distintivo de dama de honor, venía a buscar a su padre para ir a la fiesta del embajador; la joven y menuda princesa Bolkónskaya, conocida por *la femme la plus sédui-*

1. La pobrecilla es terriblemente desgraciada.

2. Escuche, querida. Arrégleme este asunto y seré su siervo más fiel para siempre.

3. Espere. Será en su familia donde he de hacer mi aprendizaje de solterona.

*sante de Pétersbourg*¹, que se había casado el invierno anterior y no frecuentaba el *gran mundo*, por estar encinta, pero que aún asistía a pequeñas fiestas; el príncipe Ippolit, hijo del príncipe Vasili, acompañado de Mortemart, el abate Morio y otros muchos.

—¿No ha visto aún a *ma tante*? —decía Anna Pávlovna a los que iban llegando.

Y con expresión muy seria los conducía ante una viejecita, cubierta de cintas que había emergido de la habitación contigua en cuanto habían comenzado a llegar los invitados; Anna Pávlovna nombraba a cada uno de ellos, trasladando lentamente los ojos de ellos a *ma tante*, y después se alejaba.

Todos cumplían el deber de saludar a la vieja y desconocida tía, que a nadie interesaba. Anna Pávlovna seguía con la vista y aire solemne aquella ceremonia, aprobándola en silencio. *Ma tante*, usando siempre las mismas expresiones, se interesaba por la salud de cada cual, hablaba de la suya propia y de la de su majestad, que, a Dios gracias, era mejor aquel día. Quienes la saludaban no mostraban prisa en separarse de ella, pero una vez cumplido ese deber penoso, no volvían a acercarse a la viejecita en toda la velada.

La joven princesa Bolkónskaya trajo una labor en una bolsita de terciopelo bordada en oro. Su labio superior, sombreado por un ligero bozo negro, era más corto que los dientes, pero a veces se estiraba hasta unirse graciosamente con el inferior. Como suele ocurrir con las mujeres atractivas, su defecto —el labio corto y la boca entreabierta— parecía ser un rasgo de belleza particular y propio de ella. Constituía un placer contemplar a esta futura madre, bella, rebotante de salud y animación, que sobrellevaba tan bien su estado. A los viejos y a los jóvenes taciturnos y aburridos les parecía que se volvían semejantes a ella después de estar en su compañía. El que conversaba con

1. La mujer más seductora de Petersburgo.